



LERMA

Carnet de viaje.



HORACIO E. VILLAMIL.

CAMINAMOS a la vera del mar. Al otro lado corre la chata cordillera verdeante. La mañana vierte raudales de luz, de azul y vida sobre todas las cosas. Ante nuestra vista se extiende el

sendero serrado serpeante... La brisa matinal, fresca y cariñosa, canta su dulce canción poniendo en los espíritus el aliento y la grata esperanza de los renuevos primaverales. Van desfilando lentamente los diversos aspectos del paisaje. Aquí, allá, y más lejos, casucas, matorrales, cocoteros tal cual arbolucho desgajado, macizos de uvas marinas, y en cierto momento pasamos por una pequeña ranchería adosada a la serranía, en la que se destaca como un pincelazo de intenso colorido.... Arriba, sobre el mar, una bandada de gaviotas traza su vuelo bajo el azul del cielo. . .

Después de una hora escasa de viaje en el desvencijado e incómodo tranvía, llegamos a Lerma. Un villorrio pintoresco, silencioso, recostado entre la ribera marina y la línea del lomerío. Allí la Soledad y el Silencio tienen su imperio. No se escucha un rumor ciudadano, ningún ruido que demuestre la existencia de seres humanos. Solamente el murmulio cantarino de la brisa sacudiendo las palmas de los cocoteros y las ramas de los cipreses, deja oír su feble y sugestiva monorritmia. Se llega a pensar en un grande y viejo cementerio, de esos que cuentan las leyendas de Stambul, a orillas del mar de Mármara. . . .

Llegamos al centro del poblado. Es una plaza inmensa, también desierta, rodeada de viejas casas de mampostería, y cubierta de extremo a extremo por hierbajos y malezas que con profusión lujuriosa se extienden hasta la difícil calle por donde caminamos. Mirando hacia el oriente se yergue una iglesia patinada de musgo y de verdín, tristonera y fea. . . . Este viejo templo da la idea de algunos hombres a quienes la vida ha dejado maltrechos y claudicantes en medio de un perpetuo recordar de días venturosos. . . .

Seguimos deambulando por la calle principal, la única que forzosamente puede llamarse así entre la ringla muda de las casonas cerradas. De vez en cuando logramos, aunque vagamente, advertir allá, en el interior de alguna choza, signos de vida humana, rumores de palabras, el llanto de algún rapacito. . . .

¡Al fin! Hemos divisado, en el final de la calleja un rostro humano. Es un viejo marinero

que, sentado al umbral de su habitación, se entretiene en remendar una red. Nos acercamos, le saludamos, y responde afablemente sin dejar su labor. —Decidnos, buen viejo, ¿dónde están los habitantes de este lugar, no hay?

— Pues . . . allá . . . respondió señalando con la rugosa mano el conjunto de la población.

—¿Allá . . . ? inquirimos curiosos.

—Sí, señor, allá. . . Unos en sus casas, preparando, como yo, los útiles de pescar. . . Otros en la mar, trabajando, señor, para poder vivir. Aquí vivimos todos de la pesca, la mar es nuestro sustento. es nuestra madre, nuestro padre, nuestro amo, la mar nos da la vida y también suele castigarnos duramente, cuando está brava. . . . ¡Ah, yo he sufrido un duro castigo de ella! Tenía un hijo joven, fuerte, alegre, y un día, para la fiesta de San Telmo, fué a la pesca. . . . Pero vino una tempestad. . . y ni noticias, señor, nunca supimos más de él ni de sus compañeros! ¡Bah! tenía que suceder! El marino para el mar y las redes para el pez. . .

—En efecto, interrumpimos procurando alejar al viejo de sus ideas melancólicas hay cosas irremediables. Pero decidnos: ¿esas casas cerradas y silenciosas, nadie las habita, siempre se vive aquí en silencio y soledad?

—Oh, esas casas, musitó el marinero, con dejo aún de amargura, son de los señores de Campeche, son suyas, cada año vienen aquí a pasar algunos días, también llegan de Mérida caballeros y señoras. . . y entonces esto cambia, hay movimiento, bullicio, alegría. . . . pero dura poco. . . .

—Y ¿ustedes?

—¿Nosotros? Aprovechamos. En esa época la mar parece que se interesa más por nosotros y produce más peces y hacemos buen negocio. . . . ¡jé, jééé, concluyó el vejete riendo con malicia, feliz de recordar sus ingenuas trapacerías y olvidado ya de sus tristes añoranzas.

Nos despedimos, continuando nuestra breve peregrinación, bajo el imperio otra vez del silencio y de la soledad. Conforme caminábamos, nuestro pensamiento acuciado por la belleza y encanto de este rincón costero, iba tejiendo su poema de anhelos y melancolías. ¡Qué otro sitio mejor para aislarse de los hombres, de la vida dolorosa y lancinante de la ciudad! ¡Vivir aquí, en una villa ideal, a la orilla del mar, a solas con la amada, con los libros y las quimeras, dialogando cada día con las súlgidas realidades de los ensueños; oír siempre, como una música de esperanza, la canción de la brisa, el murmulio del mar cuando tierno y manso llega hasta la orilla besándola voluptuosamente como si desfalleciese de amor; sentirlo otras veces bravo, furioso, cruel, implacable, avasallador, tal como cuando se encienden en nuestro pecho las llamaradas del odio, del amor y del dolor.

Estar como este propio mar perpetuamente solo, orgulloso e indomestable, ser como él dios-titán, y ser dulcedumbre y ternura; no escuchar sino voces amadas y las serenas palabras del "yo" ecuaníme; pensar y soñar y vivir en perfecto aislamiento entre dos azules, entre dos infinitos, en medio de dos verdades eternas. . . .

Un clamoroso resonar de campana, a lo lejos, interrumpe nuestro soliloquio, volviéndonos a la incontrastable verdad de las cosas. Es la prevención para la vuelta a la ciudad, y lentamente cansinos del cuerpo y leves de espíritu, tornamos hacia la estación del tranvía.

¡Tan! Tan! Tan! . . . Tres campanazos formidables estriden y rasgan la quietud del ambiente lermita. Partimos. Desmayadamente, como si sintiese dejar el abandono de pereza en que se regodeaba, la bestia del vehículo va tirando de él, y así también, suavemente, lento, paso a paso, el tranquilo villorrio va quedando atrás adormido en su silencio y soledad.

El paisaje visto, al venir, desfila nuevamente: mas ahora iluminado bravamente por el sol que parece incendiarlo todo; el mar, antes tranquilo y azul, reverbera, tomando cambiantes desde el verde pálido-tenué glauco de la leyenda pastoril hasta el azul profundo y sombrío de los zafiros. . . . Pasamos un recodo y Lerma desaparece completamente. Allá detrás de la eminencia ondulante, queda envuelto en perpetua quietud propicia al ensueño y a la meditación, como el castillo solitario de aquel buen rey del cuento de Rodó. . . . Allá, lejos, queda el blanco pueblecito marino, humilde y silencioso, ofreciéndose como un asilo de paz y renunciamiento, como un nido para quienes la vida sea dura y anhelen amar, pensar y soñar en medio de dos verdades eternas, entre dos azules, entre dos infinitos.

Horacio E. Villamil

